

Índice

Una pequeña lámina de acero cromado	
En la frontera rusa	
Ciencia y miedo	
El robot del amor al prójimo	
La otra mano	
Un escarabajo muy pequeño	
Una tumba junto al Bug	
De palique en la estepa	
Barro	
Kart Kasak III	
Las mantas de Bucarest (Juchary-Karales)	
« <i>Pascholl!</i> »	
El campo de los suspiros	
La última máscara	
La primera morada de Adán	
Viraje	
Lemmings	
Vacaciones del destino	
Mosquitos y bazos	
Paz cotidiana	
El día X	

«Con el sudor de tu frente»	
El corazón del hombre es algo muy confuso	
Orquídeas acorazadas	
Una conversación	
«Oh, extranjero, informa a Esparta...»	
Eslóganes	
Cirugía en la retirada	
Papiroso hipocrática	
Despedida	
Fiesta pagana	
Un reencuentro	
Organización	
Música celestial	
Entre dos frentes	
Epílogo a bordo	

Una pequeña lámina de acero cromado

Luminosos barcos de nubes blancas, dibujadas con precisión y arracimadas en formas barrocas, desfilando por encima de nuestras cabezas, desde la mañana hasta el anochecer. Se deslizan por el cielo de verano de Ucrania, ese inmenso cielo tan maravillosamente descrito por Nikolái Gógol en *Las almas muertas*. Avanzan como una celestial armada de paz sobrevolando una tierra en guerra. La sombra de las nubes se proyecta sobre el paisaje ondulado, salpicado de bosquecillos, y trazan dibujos irregulares de manchas claras y oscuras.

En el borde de uno de los bosquecillos se distingue un carro campesino cargado con un tonel de vino, pero el tonel no contiene vino sino algo mucho más precioso: agua, traída desde un pueblecito situado a unos tres kilómetros.

Desde el borde del bosquecillo, hacia el este, se divisan las cadenas de colinas, una detrás de otra, como si fueran los bastidores de un teatro. La tercera cadena aún se ve de color verde e incluso se distingue algún que otro detalle. La cuarta ya queda tras un tenue velo azul. Entre las dos hay agua: el río Dniéster. Desde una hondonada,

asoma algún que otro camión que escala la cresta de una colina y desaparece de nuevo. Una columna de humo flota por encima de los bosquecillos. En alguna parte, en lo alto de la bóveda del cielo, zumba un avión.

Este paisaje vacío es un campo de batalla. Las tropas alemanas están a punto de travesar el Dniéster. La ribera oriental está fortificada y defendida por los rusos. Desde el bosquecillo llega el estruendo de la artillería como un trueno sordo y lejano, aunque la distancia hasta el río no es superior a seis kilómetros. ¡Viento del oeste!

La compañía de Sanidad ha montado unas cuantas tiendas de campaña entre los árboles y las ha camuflado de manera algo tosca con ramas de pino y de acacia. Las ramas de acacia, a pesar de haber sido colocadas la última noche, empiezan ya a marchitarse. Una de las tiendas es un «quirófano» y, a su manera, otro campo de batalla. La ciencia que aquí intenta salvar vidas con la más sofisticada técnica es la misma que seis kilómetros más allá se dedica a destruirlas, también con la más sofisticada técnica: por emplear eficazmente la ciencia para salvar vidas y por emplearla para destruirlas se han concedido las mismas condecoraciones.

A la palabra «quirófano» se suele asociar una imagen determinada: un suelo de baldosas blancas, azulejos verdes en las paredes, un ventanal al norte con una gran luna de cristal translúcido que ocupa casi toda la pared, el cromado reluciente de la mesa de operaciones situada bajo una gran lámpara, los tambores de esterilización niquelados y la mesa con el instrumental. Un quirófano causa la impresión de gran perfección técnica. El objetivo de esa perfección técnica es la completa ausencia de gérmenes, ausencia que en medicina se denomina asepsia.

Nada que no haya sido previamente hervido o desinfectado debe entrar en contacto con la herida. En un hospital de campaña, dado que se suele trabajar algo lejos de la línea de combate, se alcanza un grado de asepsia cercano al deseable. En el puesto de socorro de una compañía de Sanidad, eso ya no es tan fácil.

El destino de un herido depende del primer cirujano en cuyas manos caiga. Pero el pronóstico del herido empeora dibujando una curva de pendiente abrupta con cada hora que transcurre entre el momento de la herida y el primer tratamiento quirúrgico. Un disparo en el vientre, operable con buen pronóstico en las dos primeras horas, es, pasadas doce horas, un caso casi sin esperanza. Se trata, por tanto, de instalar el centro de primeros auxilios lo más cerca posible de la línea de combate, pero como no siempre se pueda evitar el riesgo de que el propio puesto de socorro caiga dentro del radio de acción de la artillería, se comprende que no tiene mucho sentido tomar la decisión heroica de situar un puesto de socorro tan cerca del frente que pueda fácilmente ser destruido por las armas enemigas.

Al comienzo de la guerra, todavía se ordenaba desde el mando superior el lugar donde teníamos que establecer el puesto de socorro. Más adelante, fue nuestra experiencia la que decidió entre el coraje científico y el miedo militar. No hay que olvidar lo que significa efectuar el difícil y delicado trabajo de ligar un gran vaso atravesado por una bala o suturar una perforación en la pared torácica cuando en cualquier momento son las paredes de tu casa las que se pueden venir abajo.

En el ulterior transcurso de la guerra, al comienzo de la cirugía en retirada, tuvimos que decidir nosotros mis-

mos cuánto queríamos arriesgar, es decir, cuánto tiempo seguiríamos operando y, en consecuencia, cuánto tiempo correríamos el peligro de caer prisioneros. El puesto de socorro se sitúa en un lugar determinado atendiendo, en primer lugar, a la situación táctica, es decir, el momento en que se encuentra la batalla; en segundo lugar, a la eficacia de las armas enemigas, y, en tercero, a las condiciones del transporte, tanto por las disponibilidades de tropa y de convoyes para el traslado de los heridos como por las posibilidades de remitirlos, bien atendidos desde el punto de vista quirúrgico.

De acuerdo con todo esto, el montaje de una sala móvil de operaciones tiene que ser completamente autónomo e independiente. Lo único que necesita es agua. Normalmente, cada división tenía una compañía de Sanidad motorizada y otra con animales de tiro. La mitad de los soldados de las compañías con animales de tiro contaba con bicicletas, la otra mitad marchaba a pie. Yo pertenecía a una de estas compañías. Viendo arrastrarse por el paisaje los vehículos de una compañía de Sanidad con animales de tiro, carrromatos con el aspecto de ser restos supervivientes de la guerra franco-prusiana del siglo pasado, encabezada por sus caballos, a uno jamás se le ocurriría pensar que sus cajas contuvieran tantos resultados de la investigación científica como los cazas Messerschmitt que los sobrevolaban.

En aquel pequeño bosquecillo, seis kilómetros al oeste del Dniéster, el suelo de la sala de operaciones no era de piedra, sino de negra tierra ucraniana un poco reblandecida. Las paredes inclinadas de la tienda de campaña estaban cubiertas por cientos de moscas. La ideal ventana al norte de cristal traslúcido no era más que una aber-

tura triangular, a través de la cual, si uno se inclinaba un poco, podía pasar a duras penas. La abertura estaba cubierta con una manta para evitar que entraran más moscas. El instrumental, que era de lo más moderno, se hervía con un infiernillo de alcohol. La lámpara de operaciones estaba alimentada por la corriente de un acumulador. El vehículo botiquín contenía todos los medicamentos que la cirugía moderna requiere para la práctica cotidiana.

El hombre a quien estaba encomendado el vehículo con el botiquín era el sargento Kienzle: a pesar de su apellido suabo, Kienzle era maestro cervecero en una cervecería berlinesa. Y todo un maestro de la organización y de la previsión. Ni los avances ni las retiradas, ni las vaguadas ni las cabezas de puente, ni el calor infernal del verano ruso ni el frío con nieve del invierno ruso impidieron jamás que Kienzle no tuviera preparado los medicamentos necesarios. ¡Y cuánto suponía eso para los heridos! Ellos no podían decidir nada. Indefectiblemente iban a parar allí a donde se los enviaba. Kienzle no llevó a cabo heroicidad alguna. Era un hombre cabal. Fue un héroe del humanitarismo. Y quienes le deben el haberse librado de los dolores de los que la cirugía puede liberar, ni siquiera conocen su nombre...

Estuvimos operando allí durante tres días, los tres días que hicieron falta para romper la línea de Stalin. ¡Qué primitiva nos parecía aquella ridícula tienda en aquel pequeño bosquecillo junto al Dniéster! Y con todo —muchas veces he reflexionado sobre ello—, aquella entrada triangular a la tienda de operaciones, por la que aparecían cargados los camilleros, era un portal mágico.

Un hombre cae herido: una persona. En esa fracción de

segundo en la que el disparo le alcanza, ese hombre es eliminado de la línea de combate. A partir de ese momento se convierte en un pedazo de criatura indefensa. Hasta entonces toda su energía se había dirigido hacia adelante, hacia la resistencia frente al enemigo, que se dibuja como una línea moral imaginaria sobre el terreno, en un lugar todavía desconocido. En aquel estado se hallaba totalmente volcado hacia fuera, hasta perder la conciencia de sí mismo. En cuanto cae herido recobra el sentido de su personalidad. Su propia sangre le despierta la conciencia de sí. Apenas un segundo antes, todavía estaba empeñado en cambiar el curso de la historia universal, un segundo después ni siquiera es capaz de ayudarse a sí mismo. ¡Qué inmensa caída!

Pasan las horas y la noche se echa encima. Un miedo oscuro lo sobrecoge. ¿Se irá a desangrar? ¿Lo encontrarán? ¿Lo volverán a herir? ¿Atacará de nuevo el enemigo? ¿Caerá en manos de los rusos?

¡Qué eternidad hasta que unos cuantos soldados lo arrastran un corto espacio de terreno hacia atrás! En el hueco abierto por alguna granada o en un primitivo búnker se encuentra la avanzadilla de la ciencia, el héroe hipocrático: el médico de la tropa. Ahí, el herido es vendado, entablillado, se le aplica un torniquete, una inyección contra el dolor. Luego vuelve a yacer en cualquier lugar y no se sabe si alguna vez será transportado. Por fin se lo llevan otra vez un poco más hacia atrás. Más tarde lo meten en una ambulancia. Y de nuevo yace en cualquier lugar, entre muchos, muchísimos otros heridos; en una triste semioscuridad, en un terrible mutismo, interrumpido sólo por suspiros. Finalmente, se lo vuelven a llevar. Y sólo en el momento en el que cae bajo el cono de luz

de la lámpara de operaciones deja de ser una criatura indefensa para convertirse en un paciente, un *patients*, alguien que sufre. Vuelve a ser persona. Ese pedazo destrozado de criatura sucia y sangrante, cuando sale del cono de luz de la lámpara de operaciones, está atendida.

Ese pequeño milagro se cumple gracias a una pequeña lámina de acero cromado que pesa menos de cincuenta gramos. El pequeño trozo de acero cromado es el bisturí, el cuchillo de la cirugía, el cuchillo de Aristóteles. El destino de la persona depende del filo de este cuchillo. El bisturí es el instrumento ejecutor de una idea audaz, de la idea de penetrar en el cuerpo humano hasta el mismo lugar en que hay que reparar la lesión.

Para ello se requiere técnica, una técnica desarrollada durante centurias de infinito esfuerzo científico, comenzando por los primeros descubrimientos de los investigadores de la naturaleza en Grecia y terminando con las últimas conquistas de la cirugía moderna.

Para ello se requiere una mano que sepa manejar el bisturí. Manejar el bisturí es un arte; para aprenderlo hace falta una década o más años de la vida de los discípulos junto a sus maestros.

Para que todo ello funcione, se necesita una organización, que disponga de manera conveniente asepsia, narcosis, postratamiento, alojamiento, transporte y alimentación del herido. Para ello, a su vez, hacen falta las personas que atiendan competentemente dicha organización. La mayoría de estas personas encargadas procedían de profesiones que nada tenían que ver con la cirugía. Todo este despliegue se concentra en la punta de esa pequeña lámina de acero cromado, en la realización de la audaz idea de llegar a toda costa hasta el lugar donde

se ha producido la lesión, para salvar vidas que sin el bisturí se darían por perdidas. Ahora bien, el escalpelo debe estar listo allí donde hace falta: en el campo de batalla.

Florence Nightingale, el ángel de la guerra de Crimea; Clara Burton, quien en la guerra de secesión americana «seguía a los cañones»; Henry Dunant, fundador de la obra mundial de la Cruz Roja Internacional: a ellos tres nuestra civilización debe el haber comprendido la obligación de atender a los heridos de guerra.

Si bien esa misma ciencia técnica que transforma a los hombres en un pedazo de criatura sucia y sangrante procede de la misma fuente aristotélica que la ciencia que devuelve su dignidad humana. Sobre la pequeña tienda de campaña situada en el pequeño bosquecillo junto al Dniéster, bajo el inmenso cielo de Ucrania, ondeaba una bandera invisible, la bandera del humanitarismo. ¿Sería la bandera de una causa perdida?

En la frontera rusa

Se había conseguido romper la línea de Stalin, aquella fortificación de búnkeres situada en la orilla este del Dniéster. Los alemanes habían cruzado el río y la tropa de zapadores había transportado algunos vehículos sanitarios al otro lado del río. Con aquellos vehículos se podía trasladar a los heridos desde la primera línea de combate hasta la orilla este; desde allí cruzaban al otro lado por los pontones que habían construido los zapadores y, de nuevo en ambulancias, alcanzaban la pendiente de la ribera occidental, donde los remontaban con ayuda de una gran máquina. Y otra vez los metían en vehículos y los transportaban hasta donde estábamos. Para acortar el camino, nosotros descendíamos hasta el río.

Uno de aquellos días yo tuve que ir a donde estaba el Estado Mayor de la división para informarme de la situación. Había caído una lluvia tormentosa. Casi todos los vehículos motorizados se iban quedando atascados en el barro. Aquél fue el primer aviso que nos dio la tierra de la madre Rusia. Aún era verano. A las pocas horas, el sol ya había secado el barro de la tormenta. Pero aquel barro, con todas sus increíbles posibilidades, empezó a ser

para los heridos un enemigo tan encarnizado como el frío. Entonces no conocíamos ni de lejos a ninguno de los dos.

Tomé el caballo. De camino, cabalgando junto al borde del bosque, vi al pastor protestante de la división, de pie junto a su montura, que había atado a un árbol. Parecía estar buscando algo por el suelo. Desmonté del caballo. Nos conocíamos y nos apreciábamos. Nos habíamos visto por primera vez en Francia, en 1940, en una pequeña iglesia donde se encontraba el puesto principal de socorro para el ataque a Chemin des Dames. La iglesia había sido reconstruida cuidadosamente sobre las ruinas que había dejado la primera guerra mundial, sirviéndose en parte de las piedras originales. En sus paredes aún se distinguían aquellas piedras de las nuevas. Entonces habíamos conversado largamente sobre las torres redondas recubiertas con placas de piedra que flanqueaban el ábside. Irónicamente fue un científico experimental quien instruyó a un teólogo diciéndole el nombre que a esas torres, que uno puede encontrar desde el sur de Inglaterra hasta Poitiers, otorga la historia del arte: torres normandas redondas.

El encontrar en el campo de batalla a un buen conocido resulta especialmente agradable. Lo primero que uno siente es la satisfacción de que aquel hombre aún viva. En segundo lugar, uno va repleto de historias que aguardan el momento de ser dadas a luz —de qué tipo es una vivencia, sublime o ridícula, sólo lo sabe uno mismo cuando la historia, al ser narrada, cobra vida—. En tercer lugar, en esos encuentros uno se entera de auténticas novedades. Dos hombres que se encontraban en el campo de batalla se saludaban como los atenienses al encontrarse en el

ágora: «*Ti neóteron*» («¿Qué hay de nuevo?»). Nos sentamos juntos sobre un tronco de árbol, casi como si estuviéramos en un café al aire libre.

Un cirujano tiene buenos motivos para sentir aprecio por el párroco. Allí donde acaba el arte del cirujano, del servidor del hombre, el servidor de Dios todavía puede dar un paso más, ese paso que va desde el encogerse de hombros de la ciencia hasta las puertas de la eternidad, ese recorrido que, para poder aliviarlo con un consuelo, exige fuentes más antiguas que las que la ciencia tiene y llegará a tener jamás. El herido que muere en el puesto de socorro no es un enfermo en el sentido corriente de la palabra. Es un hombre joven y sano, arrancado de una vida que aún no ha alcanzado la plenitud. La miseria de un alma joven que debe abandonar este mundo en un plazo de horas es inconmensurable. Toda la gloria con la que el mundo rodea la muerte del héroe no alivia la joven alma en un solo gramo de su infinito dolor.

Y allí, arrodillado junto al infinito dolor, mientras los demás comen, sin otra cosa en la mano que aquel viejo libro que es el último consuelo del hombre, con frecuencia he admirado al servidor de Dios y he visto muchas almas que se han sentido consoladas.

De la historia que el párroco tenía que contar aún hoy no sé qué pensar. El día anterior, un contable de intendencia había ingresado en nuestro puesto de socorro. Una granada perdida en la retaguardia le había arrancado el brazo izquierdo y destrozado una rodilla. Era un hombre digamos que totalmente inofensivo. Solamente había tenido que ver con judías y tocino, no con heroísmos de ningún tipo. Habíamos atendido el muñón del brazo y le habíamos amputado la pierna. Ni siquiera había perdi-

do mucha sangre. Cuando se arranca un miembro de semejante manera, a veces las paredes de los grandes vasos se enroscan hacia dentro y se forma un coágulo que puede cerrar el vaso, por lo menos durante un tiempo. Pero el paciente, aquel hombre pacífico que tan repentinamente había entrado en contacto con el peligro, había sufrido un *shock*.

El *shock* de un herido es un estado bien definido. Consiste en la alteración de determinadas regulaciones inconscientes de la musculatura que no está sometida al control de la voluntad, de la circulación sanguínea, del latido cardíaco y de otras funciones vegetativas. El trastorno está condicionado a nivel central.

Todos los esfuerzos para sacar al contable de ese estado resultaron vanos. Cuando partí, el paciente yacía moribundo.

Había comunicado al párroco un último deseo: que mandáramos su reloj a su mujer. Ella se lo había regalado. Debía de estar en el brazo arrancado. Había descrito exactamente al párroco el lugar donde le habían herido. Había sido en aquel rincón del bosque en el que nosotros estábamos sentados sobre el tronco de un árbol. Aquél era el último ruego de una pobre alma que de las cuentas de intendencia había ido a parar a la muerte.

El pastor y el cirujano se dedicaron conjuntamente a buscar el radio de alcance de la granada, fácil de adivinar por las huellas que deja en los árboles. Sobre el brazo se había posado una corneja. El reloj aún funcionaba.

Cuando llegué al Estado Mayor de la división, el primer oficial estaba sentado en una pequeña silla de campaña, comiendo del puchero su almuerzo: judías con

tocino. Un oficial del Estado Mayor es una persona importante, pero aquella persona importante era muy amable. Y sus motivos tenía para serlo: a fin de cuentas, nadie sabía si dentro de media hora no necesitaría del bisturí. Además, desde un punto de vista táctico, la buena atención quirúrgica de los heridos era decisiva. Como se solía decir, era de gran trascendencia para la moral de la tropa. Y, finalmente, aquel hombre inteligente sabía que nadie podría proporcionar mejor información sobre la moral de la tropa que el cirujano del puesto principal de socorro. El herido leve, imbuido aún de los poderosos acontecimientos a los que acababa de escapar, se caracterizaba por una ingenua verborrea. De los retazos de informes, referido cada uno de ellos tan sólo a una parte mínima de lo que estaba sucediendo, y del modo de informar, el experto podía formarse fácilmente una idea sobre el estado de ánimo en la tropa. Sobre ello me interrogó el mayor. La información que le pude suministrar era positiva para el Estado Mayor: el impulso de avance estaba anclado no sólo en los cuerpos sino también en los corazones de los soldados.

Luego fui yo quien hizo preguntas al mayor: sobre Holercani, el pueblo situado en la margen derecha del río, allí queríamos trasladar nuestro puesto de socorro. Sonrió satisfecho. Me dijo que se encontraba exactamente en el centro de la cabeza de puente que había formado la división y que ya había dado órdenes de tender un puente en aquel lugar. Luego me miró con una cierta ironía:

—Pero Timochenko dispara allí con un calibre aún mayor.

En casos semejantes, la buena educación exige que uno responda, encogiéndose de hombros:

—Bueno, ¿y qué?

—¡No diga eso! Se trata de una batería de dos cañones de barco de 28 centímetros. Eso son palabras mayores.

—¿Y por qué no nos los liquidamos? —Esos trastos están a unos treinta kilómetros de aquí y tan bien camuflados que los aviones de reconocimiento no dan con ellos. Hemos pedido ayuda de una tropa de medición de sonido.

—¡Muy bien! Pero, ¿quién es Timochenko?

Así me enteré de la existencia del mariscal Timochenko: Timochenko era el jefe del ejército del que se decía que estaba encargado del mando en el frente sur de los rusos. El frente sur llegaba hasta la costa del mar Negro. El mayor había conocido al mariscal en la época en que había residido en Moscú como oficial del ejército del Reich. Timochenko, según él, era una gran cabeza. Con la ingenuidad del pobre hombre a quien la imponente grandiosidad de los acontecimientos tácticos de los que a diario es testigo le incapacita para pensar de manera eficaz, yo comenté que ya habíamos penetrado mucho en Rusia sin haber encontrado una resistencia verdaderamente seria.

El mayor rió:

—Está claro, el globo terráqueo no forma parte del equipamiento sanitario. Y en cuanto a la resistencia, ¿qué necesidad tienen los rusos de presentar resistencia en el Dniéster? Pueden hacerlo mucho mejor en el Volga.

El mayor sacó del bolsillo un mapa de Eurasia. Lo que en tres semanas habíamos avanzado con el sudor de nuestra frente apenas era visible en el mapa. Y, de hecho, contra Timochenko no llegamos a ganar ninguna batalla decisiva. Durante la campaña del verano de 1941

retiró sus tropas hasta más allá del Don. El invierno siguiente aún habríamos de comprobar que todavía permanecían bastante intactas.

En Holercani había una vieja escuela, de los tiempos de los zares, de sólidos muros de piedra que nos gustaron mucho. La columna del puente, que había ocupado el pueblo, evacuó el edificio para nosotros. Existía una orden antigua, según la cual los puestos principales de socorro tenían preferencia a la hora de ocupar edificios. En este caso, la evacuación se realizó por pura deferencia. El oficial que estaba al mando de aquella columna era un viejo amigo nuestro, el capitán Stubbe, un ingeniero de la primera guerra mundial, oriundo de Pirna, una población cercana al río Elba. Stubbe era un viejo soldado. Se sentía a gusto en la guerra, porque entonces podía hacer uso de algunas excelentes virtudes varoniles que le venían de cuna y que no encontraba ocasión de ejercer en su fábrica de papel de Pirna.

Habíamos descubierto las virtudes del capitán Stubbe en Bulgaria. Nos había llegado la orden de plantar nuestras tiendas en un valle en el macizo de Rodópe, en la frontera sur de Bulgaria. Habíamos llegado a caballo hasta la altura del paso y allí descabalgamos para inspeccionar el valle con los prismáticos. Descubrimos un idilio maravilloso. A la sombra de una gran roca, junto a la orilla del río, bajo una acacia, estaba sentado a la mesa, una mesa recién construida, un hombre grueso con tirantes bebiendo algo que probablemente era café. No había duda: aquel hombre sabía lo que era disfrutar de la vida. Cabalgamos hacia él. Era el capitán Stubbe. Nos estuvo observando con esos ojillos de cerdo suyos, pero nos ofreció un café. Nuestros reparos en decir que ni siquiera tenía-

mos tiempo para esperar a que el café estuviera listo, quedaron invalidados, porque hizo que su ordenanza hirviera el agua en menos de treinta segundos con un soplete. Nosotros pudimos rehabilitarnos cuando, por la noche, al devolvernos la visita, helamos el vodka con cloretil para narcosis.

Stubbe era tosco y servicial, un zorro en todos los manejos de los militares, extremadamente ambicioso en todo lo que se refería a sus puentes e indiferente a los superiores y las condecoraciones. Su virtud principal consistía en poseer una docena de máquinas tractoras de quince toneladas, enormes vehículos oruga que arrasaban los pontones por Rusia, manteniendo siempre su libertad de movimientos, hubiera barro o nieve. En los casos de desesperación extrema en el transporte siempre llamábamos a Stubbe. Nunca nos dejó en la estacada. En cierta ocasión, para que pudiéramos transportar a los heridos, nos envió sus gigantescas máquinas desde una distancia de ciento cincuenta kilómetros.

A orillas del Dniéster nos volvimos a ver, después de habernos encontrado por última vez en el famoso restaurante Ciña, situado frente al Palacio Real de Bucarest. Allí, el capitán Stubbe había obsequiado a los gitanos de la orquesta con champán. El capitán Stubbe no sólo era de Pirna, también tenía sentido musical.

Uno de sus pontones había caído al agua y, en ese momento, lo estaban recuperando gracias a una fabulosa construcción de poleas. Efectivamente, tal como había anunciado el primer oficial del Estado Mayor, los rusos estaban disparando contra el pueblo: siempre eran dos disparos casi sucesivos, seguidos de una pausa. Se trataba de detonaciones poderosas: una bala de cañón que sin esta-

llar cayó en el cementerio nos permitió constatar su calibre. Ahora bien, los disparos caían solamente en la mitad superior del pueblo que, al bastante amplia y estar dispuesta en pendiente, no nos afectaban directamente, pero si no es estrictamente necesario, dejar yacer a un herido en un lugar donde todavía menudean los disparos es, además de muy dañino, una vileza para con el herido.

La maquinaria que subía a los heridos por la pendiente del valle del río, profundamente cortado en el suelo de Ucrania, la había puesto a nuestra disposición el capitán Stubbe. Nos llamaba «los pobres diablos» y, en su ánimo sajón, cien litros de gasolina por hora de su depósito ilegal de reserva no eran demasiado para «los pobres diablos».